

Acerca de la Educación a Distancia (y otras secuelas de la Pandemia).

*Juan Moya Vilches**

La catástrofe sanitaria que aqueja a Chile y al mundo en su compleja globalidad, derivada de la pandemia de COVID-19, enfermedad causada por el virus SARS-CoV-2 (sí, al final nos aprendimos el nombre infectológico), ha provocado un remezón de proporciones en la vida de todos los ciudadanos y ciudadanas. Mucho de lo bueno y malo de nuestro país, que pudimos comenzar a discernir y visualizar durante el llamado *estallido social*, terminó de salir a la luz en los tiempos del coronavirus.

Ha caído el velo que cubría una serie de realidades que se hallaban escondidas, o que no queríamos ver. Duele la fragilidad de nuestro sistema de Salud, su escasez casi-franciscana de recursos, y el sacrificio de profesionales y técnicos exhaustos, dando lo que no tienen para hacerlo funcionar. Duele la desigualdad social, tan brutal como inentendible, de la que todos somos responsables en alguna medida. Duele la indiferencia de algunos compatriotas, que no cuidan su salud ni la del resto; sobre todo, la de aquellos cuya indolencia afecta a cientos de trabajadores y trabajadoras de sus respectivas empresas. Duele el abandono en que han caído los adultos mayores, justamente los más vulnerables en esta pasada. Son tantas cosas las que duelen, y mucho.

Sin embargo, también hemos aprendido a valorar lo que antes mirábamos con distancia o, incluso, con desdén. Hemos redescubierto la

importancia de detenernos y mirar hacia nuestras familias. Hemos vuelto a agradecer cosas como contar con buena salud, tener un trabajo estable (los médicos y médicas somos el mejor ejemplo), o limar asperezas con quienes siempre quisimos disculparnos. Hemos descifrado el valor incalculable y antes desconocido de un abrazo, de un apretón de manos, de un café compartido, de un concierto, de un partido de fútbol, de un paseo en la plaza con los niños. Hemos modificado nuestras vidas, reconstruyéndolas desde una pantalla: todo se ha vuelto virtual, desde la clase de Matemáticas hasta las sesiones del congreso... pasando por programas de televisión, conciertos, visitas a museos, obras de teatro, y una larga lista de actividades. Son tantas cosas las que hemos aprendido, y de qué manera.

Después de esta introducción muy personal, licencia que he tomado sin intención de generar molestias, paso a referirme a las *secuelas* de la pandemia que nos han afectado directamente como neurólogos/as y neuropediatras. La “vida virtual” nos ha tocado en la fibra más profunda, y son dos las realidades en las que hemos debido aprender a navegar: la Telemedicina y la Educación a Distancia (de ahora en adelante, EaD). En el presente comentario, pretendo enfocarme en la Educación y sus variadas implicaciones; de todas maneras, recomiendo encarecidamente la lectura de un excelente artículo relativo a aspectos éticos de la pandemia (entre ellos, la Telemedicina), desarrollado por el Dr. Fernando Novoa y el Dr. Sebastián Vega, ambos neuropediatras de la Universidad de Valparaíso y miembros del Comité de Ética Asistencial del Hospital Carlos Van Buren (1).

* Neurólogo Pediátrico, Hospital de Niños Dr. Luis Calvo Mackenna.
Liga Chilena Contra la Epilepsia/Clínica Dávila.
Profesor Asistente, Departamento de Pediatría y Cirugía Infantil Oriente, Universidad de Chile.

Educación a Distancia: ¿existía antes del coronavirus?

Respondiendo a la pregunta que da inicio a este apartado, debemos decir que sí. La EaD no es un fenómeno nuevo, precisamente; un buen ejemplo de que esta práctica viene siendo utilizada hace bastante tiempo son las llamadas “Charlas TED”, que nos han dado la oportunidad de aprender sobre temas tan diversos como alucinantes, escuchando la voz de las y los expertos desde la comodidad de nuestro hogar. Otras iniciativas más elaboradas, como las aplicaciones tipo *Masterclass*, han llevado esta posibilidad al siguiente nivel (por supuesto, con un cobro de por medio).

¿Y en Educación en Salud? La verdad es que el tema tampoco es tan ajeno a nuestra realidad. El concepto de TICs (*Tecnologías de la Información y Comunicación*) viene usándose desde hace largo tiempo en la esfera educativa, y su importancia como medio de enseñanza-aprendizaje ha sido reconocida transversalmente. Ejemplos de esto, son el llamado “Acuerdo de Bolonia” del Espacio Europeo de Educación Superior (2) o el Reporte Horizon (3), que desde la década pasada han predicho el rol creciente de la informática como herramienta docente. De forma paulatina pero sostenida, hemos ido asimilando conceptos como el de *e-learning*, formato educativo totalmente basado en clases a distancia; o el de *b-learning* (*blended learning*), formato mixto conformado por actividades tanto presenciales como remotas.

A pesar de que estas nociones vienen rondando en el ambiente desde la década de 2000 o incluso con anterioridad, la influencia real de este modo de enseñanza al interior de la comunidad médica seguía siendo limitada -hasta ahora. Con poco espacio para la duda, podemos afirmar que la vanguardia en EaD ha sido marcada por dos instancias particulares: los programas de Diplomado y los cursos de Educación Médica Continua (EMC). Los primeros han desarrollado una amplia variedad de formatos,

cuyo espectro abarca tanto e-learning como b-learning (y todas las combinaciones posibles). Respecto de la EMC, su centro ha sido la enseñanza mediante e-learning, utilizando casi en exclusiva la modalidad *asincrónica*: es decir, clases grabadas y subidas a una plataforma, que el estudiante puede revisar según su propia disponibilidad de tiempo, con la posibilidad -no siempre presente- de realizar preguntas a los expositores a través de un foro o *chat*. Desde el año 2017, la Sociedad de Epileptología de Chile ha construido su propio recorrido en este sendero.

Mucho más escasa era nuestra experiencia con la modalidad *sincrónica*, que implica la realización de presentaciones o clases “en vivo”, utilizando aplicaciones o programas especialmente destinados para tal efecto. Para dar honor a quien honor merece, es preciso señalar que sí se realizaron instancias académicas de este tipo en la era pre-pandemia: entre los pioneros, podemos mencionar al Grupo de Trastornos del Desarrollo (GTD) de la Sociedad de Psiquiatría y Neurología de la Infancia y Adolescencia (SOPNIA), el equipo académico de la Liga Chilena contra la Epilepsia (LICHE), y el cuerpo docente de la Universidad de Valparaíso (UV). También han existido experiencias en algunos cursos internacionales, como ocurrió en el simposio de epilepsia de Clínica Alemana en 2018 (charla del Dr. Imad Najm) o en el INSAR 2019 (presentaciones del profesor Simon Baron-Cohen).

Más allá de estos antecedentes, lo cierto es que la situación de pandemia ha desencadenado una verdadera explosión de cursos, *webinars*, simposios e incluso congresos, completamente organizados mediante la modalidad virtual sincrónica. Este fenómeno no solo ha sido palpable en nuestro país, sino que se ha convertido en una tendencia incontenible a lo largo y ancho del orbe. Nunca antes tuvimos tantas posibilidades de acceder desde nuestra propia casa al conocimiento médico y científico actualizado; de hecho, nunca antes hubo tantas

alternativas para hacerlo de manera gratuita. Al parecer, siempre existió la opción de compartir la información, a pesar de los kilómetros de distancia que pudieran habernos separado. Siempre existió la opción de organizar cursos de alta calidad y libre acceso, sin depender de otras instituciones o empresas. Siempre existió. Solo que no lo sabíamos, o no teníamos cómo saberlo.

Para quienes no formamos parte de la primera línea en la batalla contra el temido virus, aprovechar este cambio de paradigma no solo es una oportunidad, sino que también una responsabilidad. Parafraseando a un estimado colega, Juan Francisco Cabello, docente de la UV y del Instituto de Nutrición y Tecnología de los Alimentos (INTA): en estos tiempos, en que hemos presenciado el despertar de las conciencias, una de las vías fundamentales para cumplir con el imperativo social que nos convoca -como profesionales de salud y de educación médica- es hacer academia. Es tiempo de construir redes, de involucrar a la comunidad, de intercambiar experiencias, de divulgar y expandir conocimientos.

Aparentemente, la Educación a Distancia ha

llegado para quedarse. Esperemos que, junto con su llegada, estemos presenciando la transición definitiva hacia una nueva democracia del saber. Y esperemos que, al analizar las secuelas de la pandemia, podamos reconocer en nosotros mismos un cambio valioso, que nos encuentre transformados en mejores profesionales, parejas, padres e hijos, pero -sobre todo- nos halle convertidos en mejores personas.

Fuentes mencionadas en el texto:

1. Vega-Toro S, Novoa-Sotta F. Aspectos éticos de la pandemia por COVID-19 en Pediatría. *Revista Sinapsis* 2020;3. Disponible en <https://hospitalvanburen.cl/aspectos-eticos-de-la-pandemia-por-covid-19-sebastian-vega-y-sebastian-vega/> [Acceso realizado en junio de 2020].
2. Esteve F. Bolonia y las TIC: de la docencia 1.0 al aprendizaje 2.0. *Cuestión Universitaria* 2009;5:59-68.
3. Adams Becker S, Cummins M, Davis A, Freeman A, Hall Giesinger C, Ananthanarayanan V. NMC Horizon Report: 2017 Higher Education Edition. Austin, Texas: The New Media Consortium. 2017.